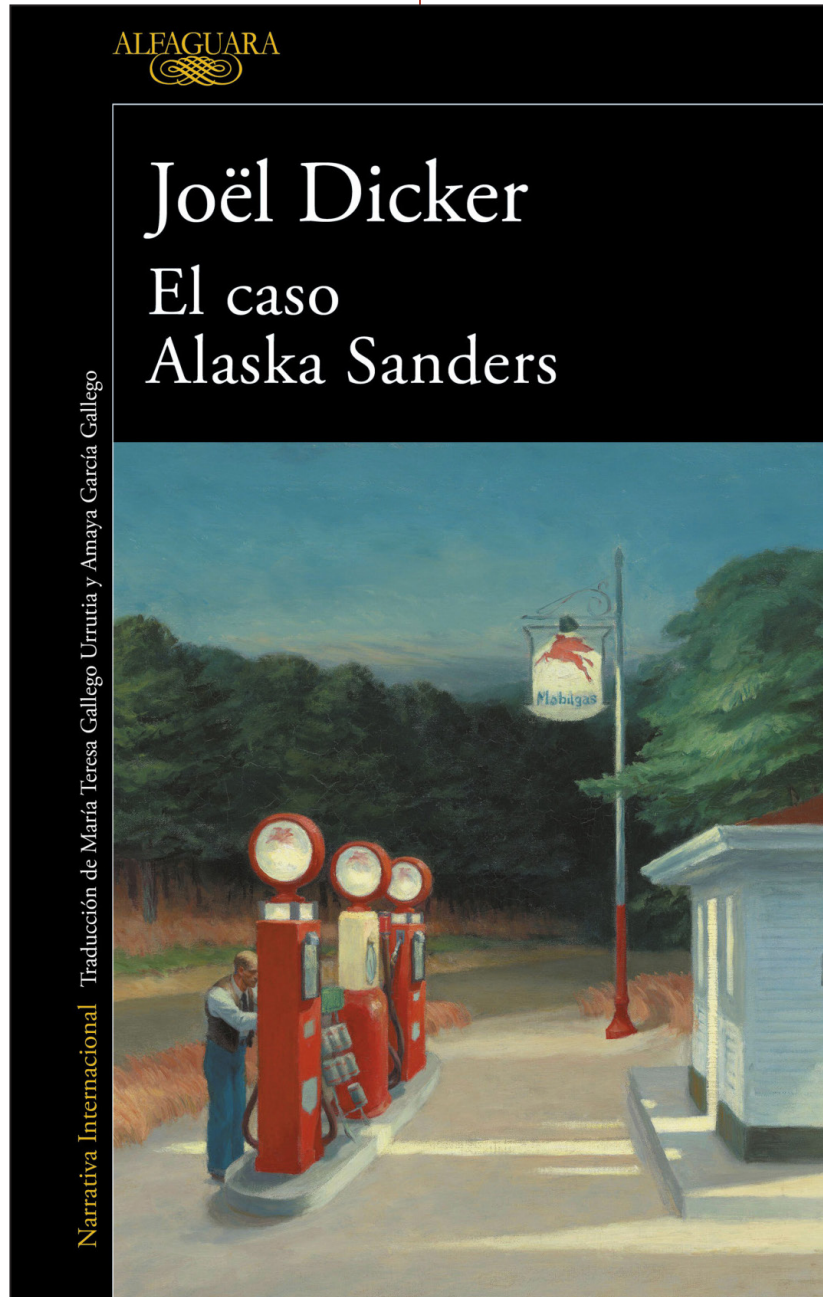




Guía de lectura



Penguin Club de lectura

SINOPSIS

3 de abril de 1999. Apenas son las siete de la mañana cuando una corredora descubre el cadáver de Alaska Sanders junto a la playa de guijarros a orillas del lago Skotam, pero aún habrá que esperar unas horas antes de que su nombre empiece a saltar de boca en boca en la pequeña y pacífica ciudad de Mount Pleasant.

Alaska se había mudado allí pocos meses atrás desde Salem con su pareja, Walter Carrey, pero ya se había ganado el cariño de la gente. Simpática, siempre atenta, educada con los clientes de la gasolinera en la que trabajaba y muy guapa. Hacía poco que había ganado el concurso de Miss Nueva Inglaterra, aunque a sus veintidós años su sueño no era ser modelo sino actriz, y tenía todo a su favor para conseguirlo.

Los sargentos Perry Gahalowood y Matt Vance, de la brigada criminal de la policía estatal de New Hampshire, asumen la investigación y enseguida encuentran tres hilos de los que tirar:

Primero, una nota de amenaza en el bolsillo de Alaska: «Sé lo que has hecho».

Segundo, un jersey con rastros de sangre, en una caravana abandonada.

Y tercero: los restos del piloto trasero de un vehículo, cerca del escenario del crimen.

Enseguida arranca el desfile de sospechosos, empezando por su pareja: Walter Carrey, un exmilitar seis años mayor que Alaska y que en 1999 se ocupa de la tienda familiar de caza y pesca. Walter asegura que jamás oyó hablar de esas amenazas y tiene una coartada poco sólida para la hora del crimen. Afirma que Alaska cortó con él esa misma tarde, sin previo aviso; que dio por hecho que ella había regresado con sus padres a Salem, y que de noche él salió a ahogar las penas con su amigo de la infancia Eric Donovan y la hermana de él, Lauren.

Sin embargo, según Lewis Jacob —dueño de la gasolinera y el último que la vio con vida—, Alaska tenía una «cena romántica» esa noche. Si no era con Walter, ¿con quién era? ¿Acaso tenía un amante?

La madre de Walter acusa a Eric: no se fía de él, convencida de que el amigo de su hijo y Alaska tenían una aventura. Ella misma los vio discutiendo días atrás, y parecía una pelea de enamorados. Walter se niega a creerlo, pero las pruebas parecen ir arrinconando a Eric, que durante unos años vivió en Salem, y que también ha regresado hace poco a Mount Pleasant, después de que lo despidieran de su trabajo.

No hay nada claro, pero Vance, más impulsivo que Gahalowood, sabe que ese va a ser su último caso y está decidido a hacerle justicia a Alaska. Aún le pesa el asesinato de una chica de diecisiete años que jamás se resolvió y que marcó el inicio de su carrera como policía; no está dispuesto a que se repita.

El sargento Gahalowood llega al caso con un ánimo muy distinto: su mujer Helen está a punto de dar a luz a su primera hija y andan enredados con la mudanza a Aurora. Por eso el jefe Lansdane envía como refuerzo a Kazinsky, para ayudarlos.

En el intervalo de cuatro días —del 3 al 6 de abril de 1999— todo habrá saltado por los aires. Esa noche del 6, mientras Helen da a luz a la primera hija del sargento Gahalowood, en la comisaría estalla el caos y la noche acaba con dos muertos y una confesión de asesinato que lleva a cerrar el caso. Aun así, la herida que esa cadena de desgracias deja en Gahalowood seguirá abierta muchos años, incluso más allá del caso que lo lleva a los periódicos y lo une a Marcus Goldman.

Desde el caso Alaska Sanders, el sargento Gahalowood se ha negado a tener un compañero. No lo tiene nueve años después, cuando en 2008 asume el caso Harry Quebert en Aurora y durante la investigación conoce a Marcus, por entonces un escritor bloqueado tras el impresionante éxito de su primera obra, *Con G de Goldstein*.

Han pasado dos años y ambos han mantenido el contacto. También la costumbre de llamarse «escritor» y «sargento» uno al otro y una formalidad y

una ironía en el trato que esconde un inmenso afecto.

En 2010, Marcus ya se ha asentado como un autor de prestigio, tras la inmensa cobertura que recibió su investigación para exonerar a su amigo y autor de culto por la muerte de Nola Kellergan, y gracias a las ventas millonarias de su segundo libro: *La verdad sobre el caso Harry Quebert*. Su agente, Roy Barnaski, no puede estar más feliz de tenerle en su catálogo; o podría, si Marcus aceptase el dineral que hay encima de la mesa para llevar al cine su segunda novela, como están haciendo ya con la primera.

Marcus se niega. Por Harry.

Lleva sin tener noticias de su antiguo profesor desde que Quebert salió de la cárcel y es incapaz de localizarle. Sigue sus huellas, pero no le llevan a ninguna parte y lo echa de menos.

Por grande que sea su éxito literario, se siente solo en Nueva York, y su único refugio es la familia de Perry y Helen Gahalowood en Aurora. Ve en ese matrimonio un amor semejante al que veía en Tío Saul y Tía Anita, los Goldman-de-Baltimore. Su recuerdo le devuelve a los días de infancia y adolescencia en los que él, pequeño Goldman-de-Montclair, se sentía acogido, querido, afortunado entre sus primos Hillel y Woody, compartiendo los veranos con su primer amor, Alexandra Neville.

Ya no queda casi nada de ese mundo: ni sus primos, ni Tía Anita, ni ese vínculo con Alexandra —ahora una cantante famosa—, ni siquiera su tío, olvidados ya los años donde el dinero no era un problema y en casa bullía de vida.

Marcus sueña con una relación como la que ellos tenían, como la que tienen los Gahalowood, pero lleva años sin una relación seria: desde que en 2005 rompió con Emma Matthews, al poco de firmar su primer contrato literario con Barnaski. Y aunque estaba ilusionado con Raegan, una piloto comercial con quien lleva unos meses, pronto descubre que tampoco esa relación va a ninguna parte.

Su vida está bloqueada y no sabe cómo avanzar, cómo recuperar ese yo que aún era feliz, el yo anterior al éxito: el que conducía un coche viejo y tenía las puertas de la felicidad abiertas: el Marcus-del-Ford.

Lo único que saca en claro es que su vida no se mueve en la dirección correcta.

Hasta que en mayo de 2010 recibe una noticia que da un vuelco a todos sus planes. Indirectamente, esa llamada lo lleva hasta un misterioso sobre azul con un anónimo que obliga a reabrir el caso Alaska Sanders.

Con el apoyo tácito del jefe Lansdane, Marcus se zambulle en la investigación y averigua que la trágica noche del 6 de abril de 1999 no se desarrolló como se dijo en su día. Kazinsky —en silla de ruedas desde 2002— mintió. También el detenido. Mano a mano con Gahalowood, Marcus tratará de descubrir si once años atrás cerraron ese caso en falso.

Cuentan ahora con la investigación paralela que han estado realizando Lauren Donovan —hermana de Eric y ahora policía— y Patricia Widsmith, que asu-

mió *pro bono* la defensa del acusado por el asesinato y logró que lo condenaran a cadena perpetua en vez de a la pena de muerte.

Marcus cree en ellas y se propone ayudarlas. Más aún cuando desde el primer segundo es innegable la química que existe entre Lauren y él. Volverá a preguntarse si ella es «la definitiva».

Todo se complica aún más para él cuando, como llegados de la nada, comienza a recibir extraños mensajes acompañados de la figurita de una gaviota de papel. Y sabe que solo pueden ser de Harry.

Con todas estas cartas sobre la mesa, pronto empiezan a salir a flote las graves lagunas y asunciones de la investigación primera. Tienen la impresión de que alguien trató de confundirlos desde el inicio, y Gahalowood pone el dedo en la llaga: el error fue centrarse en el posible asesino, en vez de en la víctima. ¿Qué llevó a Alaska a esa playa de noche, con quién había quedado para esa «cena romántica»? ¿Por qué una chica como ella se marchó de la noche a la mañana de su casa en Salem y, en vez de mudarse a Nueva York con el dinero ganado como modelo, acabó escondida en Mount Pleasant y trabajando en una gasolinera? ¿Quién la amenazaba y a qué se refería con ese «Sé lo que has hecho»? ¿Qué relación hay entre su muerte y la desaparición de otra joven modelo en 1998 en Salem? ¿Quién era en realidad Alaska Sanders?

PERSONAJES

ALASKA SANDERS es la chica perfecta: simpática, siempre amable con los clientes de la gasolinera en la que trabaja, dulce, educada... Y muy guapa: rubia, de cara delgada y melena lacia hasta los hombros, sonrisa cálida. Una belleza fría que le valió el certamen de Miss Nueva Inglaterra y que le servirá como trampolín en su sueño de mudarse a Nueva York y triunfar como actriz. Por eso resulta extraño que con veintidós años acabara con su novio en Mount Pleasant, New Hampshire. Y más extraño aún que alguien la asesinase una madrugada de abril de 1999 y abandonara su cadáver junto al lago.

LEWIS JACOBS, el dueño de la gasolinera, fue el último que la vio con vida y está destrozado porque adoraba a Alaska. Sobre todo, al compararla con su antigua empleada, Samantha Fraser, una chica metida en una relación peligrosa y que tantos quebraderos de cabeza le había dado en los meses previos. Es él quien menciona que la noche de su muerte Alaska le habló de una «cena romántica».

WALTER CARREY: el novio de Alaska se convierte en el acto en el primer sospechoso. Los dos viven desde hace unos meses en el piso que hay encima de la tienda de caza y pesca de George y Sally Carrey, donde él trabaja desde que se licenció del ejército.

Rudo, atractivo, con un lado salvaje y su toque misterioso, Walter conoce a Alaska en un bar de Salem y para él es un flechazo, aunque sus horizontes sean muy distintos. Su pasión es la vida al aire libre y le encanta la pesca, una afición que comparte con su amigo de la infancia Eric Donovan.

ERIC DONOVAN: es él quien presenta a Walter y a Alaska, aunque a la madre de Walter, Sally, no le da buena espina cómo trataba a la novia de su hijo. Eric ha vivido en Salem una temporada tras acabar los estudios universitarios, pero regresó a Mount Pleasant tras una ruptura traumática con su novia. En 1999 trabaja en la tienda de alimentación familiar, que quiere convertir en un negocio puntero, y disfruta de su regreso a casa junto a sus padres y su hermana Lauren.

LAUREN DONOVAN: decidida, inteligente, atlética, universitaria en 1999, la hermana pequeña de Eric es quien descubre el cadáver de Alaska junto al lago, aunque en ese instante no es consciente de cómo va a cambiar su vida desde que la policía estatal de New Hampshire toma las riendas del caso.

PERRY GAHALWOOD: en 1999 ya es sargento de la brigada criminal de la policía estatal de New Hampshire. Su mujer, Helen, está embarazada de su primera hija y a punto de salir de cuentas, y el caso Alaska Sanders le llega en plena mudanza a su casa nueva. Perspicaz, irónico, ácido en sus respuestas y con fuertes principios, el afroamericano se hará cargo de esta investigación de asesinato muchos años antes de que el caso Harry Quebert y Marcus Goldman se crucen en su camino.

MATT VANCE: compañero de Gahalwood, el sargento Vance es un tipo tenaz e impulsivo, decidido a vengar a la víctima. Ha llegado a su límite y está pensando en dejarlo, sabe que está ante su último caso y solo desea mirar a Robbie y Donna Sanders a la cara y decirles que se ha hecho justicia con su hija. Así, aliviará en parte el peso de la carga que aún lleva por otro asesinato no resuelto que marcó el inicio de su carrera.

NICHOLAS KAZINSKY: se une a ellos dos como tercera pata de la investigación, llegado como refuerzo para el caso de Alaska. Kazinsky es un investigador prudente y tranquilo, un policía que sobre todo quiere cumplir con su trabajo sin buscarse más líos de los necesarios. La persona perfecta para templar el impulso de Vance, a juicio del responsable de la brigada criminal, el jefe Lansdane.

El salto a 2010 aún mantiene buena parte de los escenarios de Mount Pleasant que vieron viva a Alaska en 1999: la tienda de Comestibles Donovan, la de Caza y Pesca Carrey, la gasolinera de Lewis Jacob, el Paraíso de las Truchas, el café Season... Pero no todos los protagonistas de entonces han corrido la misma suerte. Cuando una nueva pista y una muerte inesperada obligan a reabrir el caso de Alaska Sanders, la investigación contará con nuevas voces, entre ellas la de Patricia Widsmith:

PATRICIA WIDSMITH: esta abogada penalista de Boston siempre creyó en la inocencia de quien resultó detenido por el asesinato de Alaska en 1999, y en 2010 aún pelea por sacarlo de la cárcel. En once años, su demanda no ha tenido éxito, pero sus expectativas cambian cuando entra en escena un peculiar invitado:

MARCUS GOLDMAN: ya ha cumplido treinta años y aún sigue buscando su sitio. Como escritor, su carrera no podría ir mejor: tras su exitoso debut *Con G de Goldstein*, el lanzamiento de su segundo libro, *La verdad sobre el caso Harry Quebert*, lo ha lanzado al estrellato literario internacional. Pero su vida personal no va tan bien como a él le gustaría. Desde su publicación no ha vuelto a saber nada de Harry, y la última relación seria que tuvo fue hace años —con una estudiante de literatura, Emma Matthews— y apenas duró unos meses. Por mucho que trate de escondérselo a su madre, en ese momento sus únicos refugios son su nueva ilusión romántica —Raegan, una piloto comercial con quien lleva viéndose tres meses— y la familia que forman Helen y Perry Gahalowood, a quien conoció durante la investigación del caso de Aurora que tuvo como protagonistas a Harry Quebert y a Nola Kellergan.

HARRY QUEBERT: el profesor de Marcus en la Universidad de Burrows era un ídolo de las letras americanas hasta que la verdad de la muerte de Nola paralizó la pequeña localidad costera de Aurora, y salió a la luz la verdadera autoría de su novela de culto. Para Marcus, era un espejo en el que mirarse, pero ahora ha perdido su guía y esa ausencia le sigue doliendo.

LOS GOLDMAN-DE-BALTIMORE: la de Harry no es la única herida abierta de Marcus. La muerte de Tía Anita y el Drama de sus primos Hillel y Woody (que años después desarrollará en su tercera novela, *El libro de los Baltimore*) sigue pesándole y no le deja avanzar ni pasar página. Ya solo su tío Saul —arruinado después de haber sido un abogado de renombre— podría recordar lo que vivió con ellos y con Alexandra Neville, el primer amor de Marcus y ahora famosa cantante.

Nada de esto importa demasiado a **ROY BARNASKI**, excéntrico director general de Schmid & Hanson y editor de Marcus, siempre y cuando su gallina de los huevos de oro siga dándole superventas como los títulos previos. Aunque tenga que pelear con uñas y dientes para que Marcus acepte que se haga una adaptación cinematográfica de *La verdad sobre el caso Harry Quebert*, igual que se está rodando en Canadá *Con G de Goldstein*. Por eso se frota las manos cuando descubre que Marcus se ha implicado en la investigación del caso Alaska Sanders.

EXTRACTOS

Marcus, ¿qué pinta usted de codos en este bar, pasándolo mal? El hecho de estar en una isla no implica que no pueda estar en compañía de alguien. ¿Sabe que ese aparato que tiene en la habitación y que se llama teléfono sirve para ponerse en contacto con las personas a distancia? Con amigos, por ejemplo. Un amigo, Marcus, es alguien que no es ni su psiquiatra ni su madre. Así que deje en paz a ese pobre camarero, haga el favor, y váyase a llamar a un amigo, le sentará bien. [P. 99]

Me escuchó con ese don que tenía para hacerlo. Así era Perry Gahalowood: la clase de individuo que, en cuanto yo aspiraba a hablar de algo, aparecía como por arte de magia. El que te escucha con atención sin juzgarte nunca. Al que pude decirle que me sentía desesperadamente solo. Millones de personas se dormían conmigo, pero yo me despertaba sin nadie.

Se mostró tan solícito como de costumbre. Por mi parte, yo estaba a mil leguas de saber que a él le habría gustado hablar conmigo. [P. 127]

Las estadísticas establecen que los asesinatos que comete una persona cercana a la víctima se resuelven en setenta y dos horas. El de Alaska Sanders no iba a incumplir la norma. Esa mañana, en Mount Pleasant, Gahalowood, Vance y Kazinsky descubrieron que no quedaba gran cosa del edificio donde estaba Caza y Pesca Carrey. La mayor parte de la primera planta se había quemado. La tienda, en la planta baja, se había salvado de las llamas, pero el humo y el agua utilizada para apagarlas habían causado daños considerables. El jefe Mitchell resumió la situación a los tres policías.

—El incendio lo descubrió una patrulla a las cuatro de la madrugada y avisó de inmediato a los bomberos. No hay que lamentar víctimas, queda claro que Walter Carrey no estaba en casa. [P. 129]

—Por cierto, Perry, lo felicito a pesar de todo: el caso Alaska Sanders está oficialmente cerrado.

—Un caso nunca está cerrado del todo —contestó Gahalowood.

—¿Qué insinúa?

—Que me perseguirán siempre. Los muertos y los vivos. [P. 164]

Después de un trago de cerveza, Gahalowood habló de nuevo:

—Hace unos once años, en una noche de abril, estaba sentado en estos mismos escalones con Vance, mi compañero. Acababa de mudarme aquí, Lisa estaba a punto de nacer. Fue el día que murió Alaska Sanders. Vance me anunció que iba a ser su último caso. Quería dejarlo. Tres días después, me lo encontré muerto en una sala de interrogatorios. ¿Qué pasó realmente?

La pregunta del sargento no pedía respuesta. Al menos aún no. Pero era su forma de indicarme que estaba dispuesto a abrir la puerta del pasado.

—¿Qué lo ha convencido por fin de que los acontecimientos del 6 de abril de 1999 quizá no ocurrieron como había creído todos estos años? —pregunté.

—Me ha convencido usted, escritor. Usted y su puñetera abnegación. Su insoportable sentido de la justicia. Su espectacular cabezonería de tocapelotas. Al final, acabé mirando otra vez el expediente.

—¿Y?

—Me fijé en algo que nadie vio por entonces. Venga. [P. 198]

¿Sabe lo que me gustó en Harry Quebert? La idea de que la redención nunca llega demasiado tarde. Me entraron ganas de liberarte de ese peso, así que te escribí. Al principio fue una carta en la que te lo contaba todo. Pero acabé por quemarla. ¡Me faltaron huevos, vamos! Entonces compuse ese mensaje con letras recortadas del periódico. Quería que pudieras desentrañar todo eso sin tener yo nada que ver. Después de una vida

de cobardía, es un alivio confesarlo. Ese mensaje lo empecé varias veces, tenía que ser corto y claro, no iba a escribir un mamotreto. Cuando lo tuve listo, le di cien dólares a la asistenta para que dejase el sobre en tu casa. Pero resulta que Helen se presentó una noche. No sé cómo llegó a relacionarme. Me pregunto si la asistenta se fue de la lengua. O si no sería tan gilipollas que llamó a la puerta, tu mujer abrió y le dijo: «Aquí tiene una carta de Nicholas Kazinsky». [P. 203]

Me quedé pasmado.

—¿De dónde has sacado esta foto?

—La encontré poco después de que detuvieran a mi hermano, cuando estaba intentando ayudar a su abogada a reunir pruebas para exculparlo. El dueño del National Anthem solía hacer fotos para subirlas a su página web y alardear del ambiente del local. Y esa noche se prestaba a ello. Yo quería ir retrocediendo al hilo de la velada y le pedí que me dejase ver todas las fotos que había hecho esa noche. Había un montón, todas revueltas. Las revisé todas, hasta dar con esta.

Tuve que esforzarme por contener los nervios: era la prueba que Gahalowood y yo necesitábamos para que se reabriera oficialmente la investigación.

—¿Le has hablado de esta foto a alguien? —pregunté.

—Aparte de a Patricia Widsmith, no.

—¿Por qué no dijiste nada?

[...]

Lauren se quedó un buen rato mirándome a la cara, con los ojos clavados en los míos.

—Marcus, no te conozco, pero, por alguna razón que no acabo de enten-

der, me fío de ti. Por primera vez desde hace once años, de repente me siento menos sola. ¿Crees que puedes ayudarme? [P. 249]

—No se atribuya demasiado mérito, escritor. Desde que soy viudo, ya no me gusta la soledad. A nadie le gusta la soledad cuando se la imponen.

—Vaya, casi me creo que era una declaración de amistad.

—Ya le gustaría. Venga, arranque.

—Y, aparte de atiborrarse de donuts, ¿tiene un plan de ataque, sargento?

—Pues claro. ¿Se acuerda de lo que le dije entonces, nada más empezar la investigación sobre Nola Kellergan?

Recordaba con exactitud el consejo de Gahalowood.

—Hay que centrarse en la víctima, no en el asesino —dije.

—Eso mismo. Vamos a la redacción del Salem News. Ya es hora de ahondar en el pasado de Alaska. Y de descubrir lo que ocurrió en Salem. [P. 264]

—Todo eso para esto, Marcus. Esas horas, esos años escribiendo, ese afán de vivir volcado en el papel, todo eso para cambiar su Ford, que iba muy bien (lo sé porque lo he conducido en varias ocasiones), por un coche de lujo. No se lo censuro, no tiene usted la culpa, es que nuestra sociedad funciona así: lo único que impresiona ya de verdad es el dinero. Y, además, ¿sabe?, es el problema de todos los artistas: se los admira mientras no cuentan con un reconocimiento, y cuando triunfan se los desdeña pues se descubre que son como todo el mundo. Cuando los brókeres, que ganan dinero

con el dinero, gastan dinero, nadie se escandaliza. Aunque los despreciemos por su codicia. Y se espera de los artistas que suban un poco el listón, que estén por encima. Pero, en el fondo, que a un artista que gana pasta le apetezca gastarla es completamente natural. Va a descubrir, Marcus, que el éxito es una clase de enfermedad. Altera el comportamiento. El éxito público, la fama, es decir, la forma en que lo mira la gente, afectan a su conducta. Le impiden vivir con normalidad. Pero no tema: al ser una enfermedad como las demás, el éxito crea sus propios anticuerpos. Se combate a sí mismo, desde dentro. Así que el éxito es un fracaso programado. [P. 292]

—Pero ¿sigue queriendo a esa chica? —me preguntó, señalando a Emma de lejos.

—No, quiero a esa imagen ideal que encarna. Como pudo serlo mi tía Anita, o incluso Helen.

—Déjese de idealizaciones, escritor, y pase a la práctica. Una pareja no vive días felices más que durante unos cuantos meses. Después todo es cuestión de trabajo, compromisos, frustración, lágrimas. Pero merece la pena, porque el resultado es una unidad que no se debe ni a la química ni a la magia, es una unidad que hemos construido. El amor no existe por sí mismo, se edifica. [P. 293]

—Un crimen perfecto no es el que se comete sin dejar rastro. Es precisamente el que da un hueso que roer a los investigadores y los lleva a sospechar de la persona equivocada. [P. 299]

—Tiene derecho a la verdad: me gustó notar que era vulnerable porque me daba envidia su éxito. ¡Envidia! ¿Me oye? Quería que dejase de triunfar, que se estancase. Porque su éxito me enfrentaba con mis propios fracasos, con mis demonios. Así que, cuando se vino a casa para escribir, cada vez que le preguntaba si el libro iba avanzando, me alegraba de que no fuera así. Y, cada vez que le sugería excursiones o actividades, que me lo llevaba por ahí, lejos de la casa, lejos de su trabajo, para ir a correr, a andar por la playa, a hacer esquí de fondo, o vaya usted a saber qué más, en realidad me estaba dedicando a distraerlo de su trabajo. Estaba sabotando su carrera, quería que se le escapase la fama.

Siguió un largo silencio, y al cabo Harry añadió:

—Debe de odiarme...

—¿Cómo podría odiarlo?

—Porque las personas que se quieren no se tienen envidia.

—Me gustan los envidiosos: saben para qué viven. [P. 420]

La investigación iba a dar un giro transcendental. Poco a poco íbamos recomponiendo el puzle, cuyas piezas encajaban de forma tan obvia, aunque hasta ahora no nos hubiéramos percatado. Era lo que Gahalowood llamaba el detonador: un chispazo que provoca reacciones en cadena. [P. 447]

PREGUNTAS PARA LA CONVERSACIÓN

1. Joël Dicker escribió cinco novelas antes de ver su primer libro publicado. Recibió hasta 30 cartas de rechazo de diferentes editoriales. ¿Creéis que el personaje de Harry Quebert es una proyección del padrino y mentor que a Joël le habría gustado tener cuando era un joven escritor incapaz de publicar?
2. *El caso Alaska Sanders* debería haber sido la segunda novela del ciclo, pero Joël Dicker no quiso escribirla tras *La verdad sobre el caso Harry Quebert* para que no lo acusaran de seguir el camino fácil. ¿Pensáis que esta novela habría sido diferente de algún modo si se hubiera escrito y publicado antes de *El libro de los Baltimore*?
3. Las tres novelas del ciclo están ambientadas en la América rural. Todos los personajes responden al estereotipo de personas amables que viven su vida de forma sencilla al margen de lo que su cuece en el «gran mundo» del que procede el protagonista, aunque después escondan oscuros secretos. ¿Creéis que Joël Dicker idealiza estas pequeñas comunidades, eludiendo a propósito sus contradicciones políticas y sociológicas?
4. En *El caso Alaska Sanders* Joël Dicker trata por primera vez la violencia policial y, de forma tangencial, también el racismo de la sociedad americana. ¿Hasta qué punto está influida esta novela por movimientos como Black Lives Matter o Defund The Police?
5. Dicker asegura que el hecho de que en sus novelas aparezcan mujeres asesinadas es una manera de contribuir a poner de relieve el problema de la violencia contra las mujeres y de los feminicidios. En *El caso Alaska Sanders* la propia Alaska sufre ese tipo de violencia machista y sexual. ¿Creéis que este es uno de los temas fundamentales de la novela?

6. En las novelas detectivescas de Joël Dicker nadie es lo que parece y la trama sufre giros casi en cada capítulo, hasta el punto de que para el lector es imposible adivinar la verdad hasta el final del libro. En cierto modo, maneja el suspense al contrario que Hitchcock, que opinaba que el verdadero suspense consiste en dar toda la información a la audiencia desde el primer minuto. ¿Pensáis que esta manera de dosificar la información es tan solo un modo de mantener al lector enganchado o que también genera empatía hacia los protagonistas al poner al espectador en la misma posición que los investigadores?
7. Otro de los grandes temas de *El caso Alaska Sanders* es la amistad. La de Marcus con el sargento Gahalwood y la de Marcus con Harry Quebert. Una de las razones que esgrime Dicker para escribir este libro era contemplar la evolución de ambas relaciones. ¿Qué opináis del modo en que están construidas esas dos amistades y del modo en que evolucionan a lo largo de los dos libros?
8. Joël Dicker asegura que, a pesar de que en sus novelas haya crímenes, asesinatos o traiciones, para él es muy importante que sus libros sean un lugar seguro para el lector, en el que se sienta siempre feliz y a salvo. ¿Consideráis que lo consigue?
9. En la novela hay una clara crítica al sistema judicial americano y el modo en que personas inocentes son encerradas de por vida u obligadas a declararse culpables de delitos que no han cometido bajo coacción y amenazas. ¿Os parece *El caso Alaska Sanders* el libro más crítico de Dicker sobre la sociedad americana? ¿Creéis que una trama así podría haberse situado en un país europeo como España?
10. Las historias de Joël Dicker son extremadamente alambicadas y componen un puzzle que solo se resuelve al final. Tras leer *El caso Alaska Sanders*, ¿creéis que ese puzzle es perfecto o encontráis alguna pieza que no acaba de encajar?
11. En *El caso Alaska Sanders* todos los personajes, salvo los protagonistas, actúan motivados por bajas pasiones: celos, envidia, arribismo, adicción, venganza, poder... ¿Creéis que es una novela pesimista sobre la condición humana o, al contrario, tristemente realista?

12. Joël Dicker asegura que escribe novelas de género *noir* no porque sea un fan del género, sino porque ese tipo de historias permiten tratar y profundizar en todo tipo de temas y personajes. ¿Cuáles diríais que son esos temas de los que se propone hablar el autor en *El caso Alaska Sanders*? ¿Qué diferencias encontraríais entre los temas que propone en *La verdad sobre el caso Harry Quebert*? ¿Creéis que de algún modo la actualidad de los últimos años ha influido en los temas que trata el autor en este libro?
13. Marcus Goldman es un personaje que, a pesar de tenerlo todo en la vida, es incapaz de ser feliz porque está anclado en un pasado trágico. ¿Creéis que Marcus es una metáfora de nuestra sociedad occidental, en la que los problemas de salud mental se disparan a pesar de nuestra seguridad material y nuestro bienestar?
14. *El caso Alaska Sanders* es parte de una trilogía. Para disfrutarla plenamente, ¿es necesario haber leído los otros dos libros o se puede leer de forma independiente?
15. Joël Dicker plantea en *El caso Alaska Sanders* un juego de espejos entre el escritor en la ficción y el escritor real que la escribe. ¿Qué opináis de ese juego que el propio Dicker ya había empleado en *La verdad sobre el caso Harry Quebert*? ¿Cuál creéis que es la relación real entre Marcus y el propio Joël?
16. Joël Dicker ha afirmado que no tiene nada en contra de la palabra entretenimiento referida a sus novelas. ¿Es *El caso Alaska Sanders* puro entretenimiento o hay mucho más detrás?
17. El autor cita entre sus novelistas preferidos de género policiaco a Agatha Christie y Conan Doyle. ¿Observáis influencias de estos dos gigantes de la literatura en *El caso Alaska Sanders*?

EL AUTOR



JOËL DICKER nació en Suiza en 1985. En 2010 obtuvo el Premio de los Escritores Ginebrinos con su primera novela, *Los últimos días de nuestros padres* (Alfaguara, 2014). *La verdad sobre el caso Harry Quebert* (Alfaguara, 2013) fue galardonada con el Premio Goncourt des Lycéens, el Gran Premio de Novela de la Academia Francesa, el Premio Lire a la mejor novela en lengua francesa y, en España, fue elegida Mejor Libro del Año por los lectores de *El País* y mereció el Premio Qué Leer al mejor libro traducido y el XX Premio San Clemente, otorgado por los alumnos de bachillerato de varios institutos de Galicia. Traducida con gran éxito a cuarenta y dos idiomas, se ha convertido en un fenómeno literario

global. Alfaguara también ha publicado su relato *El Tigre* (2017) y sus novelas *El Libro de los Baltimore* (2016), *La desaparición de Stephanie Mailer* (2018) y *El enigma de la habitación 622* (2020), novela ganadora del Premio Internacional de Alicante Noir. *El caso Alaska Sanders* es la esperada secuela de *La verdad sobre el caso Harry Quebert* y ambas forman, junto con *El Libro de los Baltimore*, la trilogía protagonizada por el personaje de Marcus Goldman. La publicación de *El caso Alaska Sanders* coincide con la inauguración de la editorial de Joël Dicker, Rosie & Wolfe, establecida en Ginebra tras el fallecimiento de Bernard de Fallois, que había estado a su lado desde el principio.

DECLARACIONES

Sobre *El caso Alaska Sanders*:

«Estoy completamente convencido de que el verdadero artífice de un libro es el lector; es él quien decidirá su futuro, dejándose llevar o no, devorándolo en una noche, imaginándose a los personajes de una manera u otra o hablando de él con sus amigos y familiares. El lector es realmente activo, es el actor de la lectura y no un simple “receptor”, como el oyente de una canción. Siento que está en primera línea y que, como autor, estoy a su servicio. Es una noción que me gusta y que me ayuda a relativizar el éxito que tuve a una edad temprana. En cada novela es como si el contador se pusiera a cero, hay que reinventarlo todo y vuelvo a trabajar felizmente en mi pequeño despacho de Ginebra, como la primera vez.»

«Antes de que la primera parte —*La verdad sobre el caso Harry Quebert*— se hubiera publicado, ya había planeado escribir una trilogía. Cuando se publicó el éxito fue increíble. Aunque haya sido genial (¡nunca podré agradecerse lo suficiente a los lectores!), ha trastocado un poco mis planes. Tenía miedo de que la gente pensara que solo estaba

tratando de aprovechar el efecto Quebert si sacaba una secuela. No quería que pareciera artificial, así que lo dejé por un tiempo. Lo bueno es que hoy en día es que las tres partes pueden leerse y entenderse en el cualquier orden o incluso leyendo sólo una.»

Sobre la construcción del misterio:

«No me interesa el aspecto sangriento del caso, sino las razones que condujeron al asesinato. Por eso mis investigaciones casi no utilizan la ciencia de la que disponemos hoy en día y que nos permite rastrear a los sospechosos o tomar sus huellas dactilares. Son tecnologías extraordinarias en la vida real, pero, para mi gusto, estropean la narración, al menos la que a mí me interesa. Lo que me gusta son las investigaciones que cualquiera podría llevar a cabo abriendo una carta, escuchando detrás de la puerta o siguiendo a alguien. Algunos de mis compañeros escriben maravillosamente sobre asesinatos sangrientos y vísceras abiertas, pero yo, como autor, no sé hacerlo porque no me atrae. [...] Así que cuando se me compara con Agatha Christie o Sherlock Holmes, obviamente me halaga. Me fascina

el talento para observar y deducir que contienen estos libros [...]. Me encanta este ambiente en el que, al final, el asesinato es solo un pretexto.»

Sobre las cubiertas y Hopper:

«La portada es la carta de presentación de la novela, es el primer vínculo que estableces con un lector. Lo que me interesa de la pintura de Hopper es que si le enseñas a alguien uno de sus cuadros y le preguntas qué ve, hablará de todo lo que no está en el cuadro. Su visión es fascinante porque exige evocación e imaginación. Cuando miras su obra, ves lo que no está pintado, sientes una atmósfera y te imaginas lo que acaba de pasar o lo que va a pasar. Es una invitación a investigar.»

Sobre los personajes:

«Me gusta la idea de emparejar a un escritor con un investigador, aunque los dos tienen motivaciones diferentes: el primero tiene una imaginación desenfrenada que me permite lanzar decenas de pistas que el segundo puede poner orden.»

«Esta vertiente artesanal crea proximidad con el lector, que puede seguir punto por punto el trabajo de los investigadores, que indagan, observan, analizan y cuestionan. El lector habría podido descifrar por sí mismo todo lo que descubren.»

«Lo que también nos cuenta este libro es la amistad entre Marcus y Perry, una

amistad fiel en el sentido más fuerte de la palabra, que resiste a la lejanía, al tiempo. Hay amigos a los que ves muy a menudo, pero ¿son los que puedes llamar a las dos de la mañana si tienes un problema? En cambio, hay personas que no comparten tu cotidianidad pero que estarían ahí.»

«Creo que Perry es un verdadero amigo para Marcus. Es su familia y demuestra que la verdadera familia son los amigos. No eliges a tu familia, pero eso no la hace menos importante. Se trata de una relación que se construye sobre una evidencia, algo que es incuestionable, un vínculo socialmente adquirido. En el rango de la intimidad de los que nos conocen realmente, los mejor situados son los amigos, porque nos conocen sin filtros, con ellos no tenemos necesariamente relaciones conflictivas y sesgadas, proyecciones. Un amigo es alguien que nos conoce bien y que nos quiere a pesar de todo. Eso es lo que Perry es para Marcus. Por el contrario, con Harry, la relación es más complicada. Lo veo como una dualidad, como dos caras de la personalidad de Marcus, que está en busca de una identidad.»

Sobre los libros y la escritura:

«Los libros son más fuertes que la vida.»

«Tras poner el punto final a *La verdad sobre el caso Harry Quebert* empecé de inmediato *El Libro de los Baltimore*, que entonces no tenía este título. No he dejado de escribir entre las dos novelas, salvo durante un periodo de dos meses

en el que me dediqué a la promoción de *La verdad sobre el caso Harry Quebert*.»

«No quería estar encerrado en un género. Mi primer libro no era una novela negra sino histórica. La tercera tampoco lo es. Puedo volver a la novela negra o no.»

«*La verdad sobre el caso Harry Quebert* fue siempre para mí el primer volumen de una trilogía. Tras *El Libro de los Baltimore* deseo hacer una pausa pero no abandono la idea original.»

«No sé qué es el miedo de la página en blanco. Escribo todos los días desde hace años. Todavía tengo esa sensación de un desbordamiento en la cabeza que tengo que plasmar sobre la página. Incluso durante los viajes de promoción ese deseo se mantiene intacto.»

«Es verdad lo que dice Marcus, nunca se deja de escribir, aunque no se haga físicamente. Los escritores estamos trabajando constantemente, observamos, tomamos nota. De enero a junio me levantaba a las cuatro de la mañana, con energía, con el entusiasmo de la escritura. Después de unos meses no podía con mi alma.»

«Creo que es peligroso para un escritor utilizar la escritura como terapia.»

«De niño me aburría mucho en el colegio. Cuando hacía preguntas me trataban de pedante. Dejé de hacerlas y desconectaba en las clases. Cuando empecé a escribir encontré al fin una actividad que no me resultaba aburrida.»

«No tengo un plan a la hora de escribir. Disfruto careciendo de él. Creo que reduciría mis posibilidades.»

«Escribo porque es la única cosa que sé hacer realmente.»

«Aprendí a escribir en un avión, en un tren, en un hotel. En un hueco de una o dos horas. No quería dejar de hacerlo durante la promoción.»

«Los libros dan la posibilidad de inventar otra vida, de salir de nuestro cuerpo, de nuestro espíritu. Son más fuerte que el cine.»

«En una buena novela cada personaje tiene su verdad.»

«Todo me sirve como fuente inspiración. Lo que leo, lo que veo en televisión o en el cine, museos que visito, las escenas que presencio en las calles o en el avión. Todo eso, todo lo que ven nuestros ojos, sentimos, llega a algún punto de nuestro cerebro. Y entonces, un día todo el magma se reúne y forma un material que fluye de nosotros y que es la inspiración.»

«Romain Gary, Marguerite Duras, John Steinbeck, Dostoievski, Albert Cohen o Joseph Conrad son escritores que me inspiran.»

«Me gustaría escribir desde el punto de vista de una mujer pero todavía no me siento capaz. Es muy difícil hacerlo bien. Yo diría que es más difícil para los hombres. Para mí las mujeres son más valientes que los hombres, son más fuertes,

más seguras. El hombre es más flexible, menos aguerrido. Por lo tanto, tendría miedo de fallarle a mi personaje. No es suficiente ponerle un nombre de mujer a un personaje y que todo se vuelva femenino. Debemos ser capaces de tener el valor de una mujer. Me gustaría en la vida tener el valor de una mujer, pero sé que no es el caso.»

«Es cierto que, si comparamos *La verdad sobre el caso Harry Quebert* y *El Libro de los Baltimore*, a pesar de las diferencias, hay un mecanismo que es el mismo. Uno podría preguntar si tengo una mecánica propia. Pero mi respuesta es no, simplemente porque a pesar de que he publicado tres novelas, escribí siete en realidad. Y si tomamos las siete, sólo hay dos que tienen lugar en Estados Unidos y que tienen esa mecánica. Si se toman las siete novelas, vemos que hay diferentes ciclos que se inician. Yo entiendo que al leer mis dos últimas novelas podemos ver una similitud en la construcción, pero lo que quiero decir es que este no es siempre el caso.»

«Estoy leyendo por vez primera Sherlock Holmes. Lo acabo de descubrir. Conocía a Conan Doyle de nombre, pero no le había leído nunca. Es formidable. Adoro el personaje. No le gusta la gente, odia levantarse por las mañanas. Es muy divertido. Me encanta.»

«Yo no espero nada en concreto de los libros. Hay grandes novelas, como *Bella del señor*, que están por encima de cualquier cosa, de los amigos, del cine e incluso del amor. No hay nada más fuerte

que estar atrapados por una novela. Nos permite mantener nuestra capacidad de asombro.»

Sobre los lectores y el éxito:

«El cambio en mi vida no fue la presión, ¡sino tener lectores! Antes de *La verdad sobre el caso Harry Quebert* había escrito cuatro novelas que habían sido rechazadas por editores y que por tanto no sido leídas por el público. Después de *Los últimos días de nuestros padres*, mi primer libro, tuve unos pocos lectores. Pero después de Harry Quebert el cambio fue radical.»

«Quería proponer a los lectores que hicieran un largo camino conmigo. No hay que guiarse por los supuestos deseos de los lectores.»

«Puedo equivocarme pero creo que los lectores disfrutaron de *La verdad sobre el caso Harry Quebert* no solo porque es una novela de intriga.»

«Me siento muy honrado cuando los lectores me cuentan que han dejado todo por terminar un libro mío o cuando los estudiantes empiezan a leerme. No pienso en qué les ofrezco yo, sería muy pretencioso.»

«Quiero pensar que el éxito no me ha cambiado.»

«No creo en la perfección. Estoy vivo, por lo que soy imperfecto.»

«Cuando las críticas se basan en argumentos sólidos las tengo en cuenta. Todavía tengo mucho que aprender.»

«A lo mejor el éxito de *La verdad sobre el caso Harry Quebert* tiene que ver con que está impregnada de las buenas emociones que he vivido en la costa estadounidense de Maine, donde he pasado todos mis veranos. Además, la escribí desde el deseo de que fuese un libro tanto para jóvenes como para mayores, para hombres y para mujeres, para aquellos a los que les gusta leer mucho y para los que no leen casi nada. Un libro que fuese un punto de encuentro, como una cena para invitados de distintas procedencias. Un libro que uniese a la gente.»

«Mi objetivo es escribir un buen libro. Hay gente que busca pasar un momento agradable, evadirse; otros, un mensaje filosófico, y otros, la calidad de las palabras. Por eso hay libros que nos gustan y otros que no. Yo busco en un buen libro enriquecerme, pero en el sentido más modesto de la palabra. Puede ser que me saque de una situación difícil, pero también aprender. Un buen libro es el que lamentamos haber terminado.»

«Las mujeres leen mucho más que los hombres, por lo que me alegra tener tanto público femenino. Sé que la juventud juega a mi favor. Quiero volver a poner de moda la literatura. Estaría bien demostrar que un bestseller puede tener calidad. Hay gente que piensa que un escrito, para ser brillante, ha de ser difícil de comprender. No lo comparo. La gente no es idiota por no leerle.»

Basta ya de culpar al lector. El cine sí ha conseguido ser cool y de calidad al mismo tiempo.»

«No sé por qué mi novela ha tenido tanto éxito, especialmente entre los jóvenes, no hay una fórmula mágica... No se puede escribir un libro con el único objetivo de que tenga éxito. Pero lo que me sorprende es la cantidad de jóvenes que me dicen: "A mí, que no me gustaba leer... He devorado la novela y ahora quiero leer otros libros"... Ha habido una especie de llamada a la literatura con este libro. Es algo fantástico, llama a otros libros. Es una gran satisfacción que muchos jóvenes hayan descubierto a través de mi novela que hay cosas interesantes más allá de los videojuegos, las tabletas y los móviles.»

«Mis consejos para jóvenes escritores son soñar, escribir, fracasar. Soñar más, escribir más y fracasar otra vez. Soñar de nuevo, fracasar de nuevo, escribir de nuevo. Y de manera más general, disfrutar con la escritura porque el texto es para nosotros, que se publique o no luego, ya se verá. Que la escritura no haga sufrir, ya hay razones suficientes para sufrir que no tienen que ver con la literatura.»

«Empleo las redes sociales porque quiero estar allí donde estén mis lectores, relacionarme con ellos. Los autores deberíamos ocupar espacio en las redes y no dejarlo todo para pocos imbéciles. Siempre apoyo los pocos booktubers que hay, queremos que nos lean pero no queremos dar nada de nosotros mismos ni participar, y no es posible.»

«No creo haber llegado a mi madurez profesional, me siento cada vez más como un artesano, con un aprendizaje empírico: después de nueve novelas y

cuatro de ellas publicadas me considero un escritor joven en proceso de aprendizaje.»

Declaraciones extraídas de las siguientes entrevistas realizadas al autor:

News ES Euro (10 de mayo de 2022)

Le Mensuel (mayo 2022)

Max (19 de mayo de 2022), Charlotte Vanbever

Tribune de Genève (8 de septiembre, 2012), Pascale Zimmermann

Le Temps (9 de septiembre, 2012), Lisbeth Koutchoumoff

Le Matin Dimanche (20 de septiembre, 2015), Jean-Jacques Roth

Elle (25 de septiembre, 2015), Pascale Frey

Le Quotidien de la Côte (25 de septiembre, 2015), Daniel Bujard

RTL (29 de septiembre, 2015)

Le Vif/L'Express (2 de octubre, 2015), Isabelle Falconnier

Paris Match (12 de octubre, 2015)

Paris Match (15 de octubre, 2015), Valerie Trierweiler

La Voz de Galicia, Enrique Clement

Heraldo de Aragón (Artes y Letras), Aloma Rodríguez

Gentleman, Ana G. Moreno

Le Matin Dimanche (25 de febrero, 2018), Isabelle Falconnier

Le Journal des Femmes (7 de marzo, 2018)

LA CRÍTICA HA DICHO

SOBRE *EL CASO ALASKA SANDERS*

«Un Dicker en estado de gracia, más curtido que nunca en el arte de construir un excelente trampantojo de suspense. [...] Un estilo poderoso que mantiene un ritmo excepcional.»

Jean-Rémi Barland, *La Provence*

«Imposible parar de leer. [...] Caemos rendidos ante una aventura emocionante e impredecible.»

Le Parisien

«Un tsunami de giros y pistas, un Himalaya de suspense, un Everest de emociones.»
RTL

«Una novela maravillosa que vuelve a sumergirnos en el universo de Harry Quebert. Una narración minuciosa y una atmósfera única.»

La Fringale Culturelle

«Dicker domina a la perfección el arte del suspense. [...] Con un estilo sencillo, eficaz y una narración impecable, te mantiene hechizado. ¡Se avecina un nuevo éxito!»

A. M., *Version Femina*

«Dicker recupera a su doble literario y nos brinda una inmersión maravillosamente detallista en el mundo criminal. ¡Imposible parar de leer!»

A. S., *Télé 7 Jours*

«Dicker sabe de lo que habla, y nosotros, como lectores, queremos volver a mecernos en esa canción de la que ya conocemos el estribillo. Nos dejamos llevar con avidez hasta el corazón de una investigación donde, muy rápidamente, no solo caen las máscaras, sino que se desvelan los secretos de cada uno, como en una muñeca rusa.»

Nathalie Depuis, *Elle*

«Fiel a su estilo, Dicker no escatima en giros y pistas falsas. Y funciona de maravilla.»

Marianne Payot, *L'Express*

«Una vez más, Dicker nos mantiene en vilo con una trama policiaca salpicada de giros inesperados [que] emocionará a todos los lectores.»

Corinne Calmet, *Télé 2 semaines*

